

ciones ilustres de sus antepasados: costumbre que, atendido su carácter, no creemos que fuera por querer imitarlas, sino por la vanidad que tenia en descender de aquellos hombres que tanto engrandecieron el imperio.

Pero, si todo cuanto llevamos dicho manifiesta la pobreza de ánimo, el vano orgullo y la torpe soberbia del segundo de los Motecuhzoma, y la decadencia á que habia llegado ya el reino de los tenochca, las ceremonias que introdujo para presentarse en público, ponen en relieve el estado de degradacion de alma de aquel monarca, y de la abyeccion en que habia sumido al pueblo á quien gobernaba.

En una rica litera abierta y bajo un espléndido dosel, se colocaba el soberano; y rodeado de un séquito incontable de cortesanos, magníficamente vestidos, salia del palacio cuando le placia.

Y era un precepto que, los que se encontraran al paso del emperador, se detuviesen y cerrasen los ojos, como de miedo de que les deslumbrara el brillo del semidios; y era tambien un precepto que se tendieran alfombras, para que sus pies no tocasen la tierra, en el sitio en que se bajara á pasear.

Y así, de lujo en lujo, de ceremonia en ceremonia, de homenaje en homenaje, cayó en la molicie; y cuando los conquistadores se presentaron á las puertas de la monarquía, no encontraron en ella al general de Ahuitzotl, sino al rey pusilánime, que habia de perder el imperio, y la corona y la vida á manos de su pueblo.

VIII.

El lujo de sus habitaciones correspondia al pomposo aparato de que rodeaba su persona.

Hé aquí cómo describe Clavijero sus casas reales:

“... El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas que daban á la plaza y á las calles, tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenían los muros cubiertos de mármol, ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de cipres, ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas habia una tan grande, que segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres. (1) Además de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, además del serrallo para sus mujeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los empleados de su servidumbre, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, y especialmente á los dos reyes aliados.

(1) El conquistador anónimo en su apreciable relacion; y añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.—(Nota de Clavijero.)

“Tenia dos casas en México para animales; una para las aves que no eran de rapiña, otra para estas, y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera, habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardin, donde entre la frondosidad de los árboles, se veian diez estanques, los unos de agua dulce, para las aves acuáticas del rio, y los otros de agua salada para las del mar. En lo demas de la casa habia tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron quedaron maravillados, y no creen que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba estando en libertad, ora de granos, de frutas ó de insectos. Solo para los pájaros que vivian de peces, se consumian diez canastas de estos diarias, como dice Cortés en sus cartas á Carlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, ademas de los médicos que observaban sus enfermedades y les aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debia servir al alimento de las aves, otros lo distribuian, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna; pues ademas del placer que el rey tenia en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos ó adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse dos príncipes con su comitiva. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento de San Francisco.

“La otra casa destinada para las fieras, tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde el águila real hasta el cernícalo, y de cada especie habia muchos individuos. Estos estaban distribuidos segun sus especies, en estancias subterráneas de mas de siete pies de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad

de cada pieza estaba cubierta de esteras, y ademas tenian estacas fijas en la pared para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol.

“Para mantener á estas aves se mataban cada dia quinientos pavos. En el mismo edificio habia muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses, y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, tetiches, y los intestinos de los hombres sacrificados.

“No solamente tenia el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion, sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de esclavitud, como los cocodrilos y las eulebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien otros muchos estanques, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapultepec, á dos millas de México.

“No contento Motecuzoma con tener en su palacio toda clase de animales, habia reunido tambien todos los hombres que, ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por alguna otra diformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia á tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

“En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya casa se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre del *Peñon*.

“De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapultepec, que los vireyes españoles han conserva-

do para su recreo. Todo lo demas fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya, en fin, para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel país, que hoy no se podría creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

“Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenían siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma, pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia, no volvía á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, y las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construccion de estos objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenia plateros, artífices de mosaicos, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.”

IX.

Pero ese rey, déspota, aseado hasta el afeminamiento, soberbio hasta el grado de dar á los nobles lo que él desechara por inútil ó porque no le agradaba: ese rey, en quien la personalidad se habia desarrollado, no solo hasta el *yo lo quiero*, sino hasta el *yo antes que todo*: ese rey, amigo de los homenajes hasta la servidumbre, de la adulacion hasta el abajamiento: ese rey, lleno de defectos que mas tarde debian causar su ruina, tenia cualidades que, sin esos defectos, pudieron haberle salvado y cambiado la faz de la historia y de las naciones.

Sacerdote, comprendió bien su papel: conoció que para poder dominar á su pueblo, necesitaba conservar á todo trance en el ánimo de sus súbditos, la dualidad de su carácter de sacerdote y de rey; y que, si para deslumbrar á la multitud tenia que rodearse de un gran lujo, para esclavizarla, le era forzoso rodear á sus dioses de mayor magnificencia.

De ahí que levantó muchos templos á sus divinidades, celebrando en sus altares frecuentes sacrificios, haciendo observar hasta el escrúpulo las ceremonias y los ritos, y castigando con mano dura á los que violaban las leyes religiosas.

Y sin embargo, no podemos conceder que esa conducta fuera toda hija de su habilidad política, pues segun los cronistas

é historiadores, era supersticioso y dado á los agüeros y á los oráculos.

Como administrador, era algo maquiavélico.

Solia, por medios indirectos, tentar con dádivas á los encargados de hacer justicia; y el que caía en la red, era castigado sin piedad.

Ese rey, dado á las costumbres que llevan á la molicie, era enemigo del ocio. De ahí es que su empeño era tener ocupados á sus súbditos. Acaso esto seria con el objeto de entretener sus ánimos, para no dejarlos pensar y conocer el odioso despotismo que los agobiaba; pero hacia que sus soldados estuviesen continuamente dedicados á ejercicios de guerra, y á otros los entretenia en construir edificios, en cultivar los campos, ó en otras obras públicas.

Era severo en hacer cumplir las leyes, y en castigar aun las mas ligeras faltas.

Cargó al pueblo con onerosísimos tributos, y hasta á los mendigos puso á contribucion.

Esa tiranía, y su orgullo, y su soberbia, y su inflexibilidad para el castigo, daban como resultado el general descontento de sus vasallos.

Pero de tiempo en tiempo solia hacerles olvidar tanta opresion, socorriendo sus necesidades; y ademas, sabia recompensar con profusion á los que le servian.

Un rasgo que honrará siempre su memoria, es el de haber hecho de la ciudad de Colhuacan un hospital de inválidos, en donde á expensas del tesoro real, eran asistidos y curados todos los que, despues de haber servido lealmente á la corona, en cualquier empleo militar ó político, llegaban á un estado de pobreza ó de enfermedad, que necesitaban de auxilio extraño para vivir.

Hemos presentado al hombre con todas sus buenas y malas cualidades. Vemos, palpamos la contradiccion: no la explicamos. Ahora, continuemos la historia de su vida.

X.

Uno de los primeros actos de despotismo, ó de justicia segun el despotismo, del segundo Motecuhzoma, fué hacer dar muerte á Malinalli, señor de Tlachquiuhco, por haberse rebelado contra el imperio.

Sus tropas reconquistaron aquel Estado, y se apoderaron de Achiotlan; y con esto comenzó la historia guerrera del reinado del sobrino de Ahnitztótl.

A aquella campaña siguióse otra cuyos resultados no fueron prósperos para las armas imperiales.

Incrustada entre las innumerables provincias que formaban el reino de los tenochca, hallábase la república de Tlaxcallan, nacion valiente y orgullosa, que á pesar de verse rodeada de enemigos, amenazada sin tregua y frecuentemente batida, jamas se habia doblegado, manteniéndose siempre altiva y libre en medio de los peligros.

Rica y feliz, aunque combatida por tantas contrariedades, su riqueza y su felicidad llenaron de envidia á sus vecinos los de Huexotzinco, los de Cholollan y los de otros Estados, quienes dominados por su mala pasion, avivaron entre los mexi-

ca, el ódio y la rivalidad que continuamente sentían hácia aquella noble república.

Los de Huexotzinco y los de Cholollan acusaron á los tlaxcaltecas ante los reyes tenochca, de que querían apoderarse de las provincias imperiales situadas en el golfo, provincias con las que comerciaban, y con cuyo tráfico aumentaban su poder y su abundancia; comercio justificado por la necesidad; porque los tlaxcaltecas, que carecían de sal, de algodón y de cacao, no podían obtenerlos sino de aquellos países, cuyos habitantes eran, además, oriundos de Tlaxcallan.

Semejantes acusaciones no eran nuevas; habíanlas formulado desde el tiempo de Motecuhzoma I; y desde ese monarca, todos sus sucesores tuvieron siempre á los tlaxcaltecas como á sus más mortales enemigos. Esto explica, hasta cierto punto, aunque no justifica, la alianza que con los españoles formaron aquellos pueblos, para vengarse de México.

Los emperadores tenochca, para impedir el tráfico á aquellos republicanos, para desesperarlos, subyugarlos tal vez, y evitar que se apoderasen de las provincias marítimas de Anáhuac, rodearon el territorio de Tlaxcallan con fuertes guarniciones.

Agobiados por las privaciones que les imponía la falta de libertad de comercio, los tlaxcaltecas resolvieron enviar una embajada al emperador (parece que á Axayacatl), para manifestarle el mal que padecían.

Los embajadores fueron dura y despóticamente recibidos; y la respuesta que obtuvieron fué que el emperador de Tenochtitlan era el dueño del mundo, que todos los hombres eran sus vasallos; y que por lo mismo, los tlaxcaltecas debían pagarle homenaje y pleitesía, obedecerle, y pecharle tributos como las otras naciones; y que si no se sometían, ellos, y sus ciudades, y su país, quedarían destruidos para siempre.

Esa respuesta tan llena de soberbia y de arrogancia, obtuvo de la embajada esta otra llena de nobleza:

— Poderosísimos señores: los tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamás, desde que sus ante-

pasados salieron del septentrion para venir á habitar estas regiones. Siempre han gozado de su libertad; y no estando acostumbrados á la esclavitud á que pretendéis reducirlos, lejos de ceder á vuestro poderío, derramarán más sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Po-yauhtlan.

Entonces, los tlaxcaltecas, resueltos á no ceder á las insensatas pretensiones de los mexica, resolvieron defender sus libertades hasta el último extremo.

Desde años atrás, habían rodeado su territorio de fosos que les sirvieran para defenderla; y en vista de la situación creada por las amenazas de los tenochca, reforzaron las guarniciones de sus fronteras, acrecieron el número de sus fortalezas, y construyeron la famosísima muralla de seis millas de largo, que defendía su territorio por la parte oriental, que era por donde amenazaba el peligro más de cerca.

Atacados fuertemente por los de Huexotzinco, por los de Cholollan, por los de Iztoacan, por los de Tecamachaleo y por los de otros cercanos señoríos, los tlaxcaltecas resistieron con gloria á los invasores, consiguiendo que no pudieran quitar ni un palmo del terreno sagrado de la república.

Hábiles para asegurarse medios de defensa, explotaron el ódio que profesaban á los mexica muchos chalcas y otomíes que pudieron escapar á la ruina de su patria en épocas anteriores; diéronles en custodia fortalezas de su frontera; y estos fueron los que mayor resistencia presentaron á los invasores, y los que por los servicios hechos á la república, fueron por ella espléndidamente recompensados.

Con todo, los tecuhtlis mexicanos consiguieron siempre, si no dominar á los tlaxcaltecas, sí impedirles el comercio con la costa. Desde el reinado de Axayacatl hasta el fin del imperio, los hijos de la república, careciendo de aquel tráfico que no volvieron á tener sino hasta años después de la conquista, se vieron privados de comer con sal, porque este artículo desapareció de sus mercados.

Sin embargo, gustaban de la sal, si no todos los nobles, mu-

chos de ellos que estaban en relacion con los magnates mexicanos; pero esto lo ignoraba el pueblo, porque en todas partes y en todos tiempos, el pueblo, el pobre pueblo, es inocente.

El emperador sardanápalo, el rey para quien nada en la tierra existia mas alto, mas digno de reverencia que su persona, no pudo sufrir que la pequeña república le negara sus homenajes; y para castigar su sacrílega resistencia, ordenó que todos los Estados vecinos de Tlaxcallan se armasen y por todas partes la atacasen.

Tecayahuatzin, jefe de Huexotzinco, tomó el mando de sus huestes y de las de Cholollan. Antes de romper las hostilidades quiso por medio de la seducción atraerse á los de Hueyotlipan, ciudad de la república fronteriza de Aculhuacan, y á los otomíes. Vano intento. Aquellos guerreros leales, juraron morir por la patria.

Entonces, Tecayahuatzin y sus tropas invadieron el territorio de Tlaxcallan, con tal rapidez y con tal ímpetu, que, destrozando todas las guarniciones de la frontera, llegaron en medio de desolacion y ruinas hasta la ciudad de Xiloxotitla, que solo distaba tres millas de la capital.

Detúvolos allí Tizatlacatzin, valiente jefe tlaxcalteca, que se batió con heroísmo; pero que abrumado por el número de sus enemigos, cayó muerto en el campo de batalla.

A pesar de la victoria conseguida, los aliados tuvieron miedo, dice la historia, de la venganza de los republicanos; y en vez de avanzar sobre Tlaxcallan, atacarla, y acaso consumir la conquista, retrocedieron para sus provincias, abandonando tal vez con su retirada, la realizacion de sus venganzas.

Exasperados los tlaxcaltecas por la conducta de los de Huexotzinco y de los de Cholollan, ya no se conformaron solamente con defender sus hogares, sino que pasaron á menudeo la frontera, llevando la guerra á sus enemigos en sus propios territorios.

Y llegó una vez en que, acosados los de Huexotzinco por los republicanos, se vieron tan angustiados, que pidieron socorro al tecuhtli mexicano.

Un numeroso ejército bajo el mando de su hijo primogénito, fué la respuesta que les mandó Motecuhzoma Xocoyotzin.

Por la falta del Popocatepetl fué el hijo del emperador, y sobre la marcha se le reunieron las tropas de Chietlan y de Iztocan: una vez organizados, continuaron por Cuauhquechollan, y entraron en el valle.

Instruidos los tlaxcaltecas de la marcha que seguian sus enemigos, resolvieron entretenerlos por el frente, y atacarlos por la retaguardia, en detall, antes que se reunieran con los de Huexotzinco.

Astutos y expertos, consiguieron su objeto. Cayeron sobre los aliados con ímpetu, con fiereza. El golpe fué rudo, completa la derrota, sangriento el exterminio. Entre sus muertos estaba el general en jefe, hijo de Motecuhzoma II. El resto de los ejércitos coaligados, huyó en desorden; y el pueblo vencedor, cargado de despojos, volvió á sus penates.

Acaso las pérdidas del momento, ó el excesivo número de trofeos impidió á los triunfadores dirigirse en el acto á Huexotzinco, en donde, gracias al pánico de la derrota, pudieron vencer sin mucho trabajo; pero lo cierto es que volvieron sobre aquel pueblo cuando ya estaba fortificado. Atacáronle con bravura, mas fueron rechazados; y regresaron á su país, sin haber conseguido otra cosa sino talar el del enemigo, hasta el extremo de obligar á los huexotzincas á pedir alimentos á su aliado el emperador de Tenochtitlan.

Hondo pesar causaron á Motecuhzoma la muerte de su hijo y la pérdida de sus tropas. Ardió en deseos de venganza; y para satisfacerlos, mandó aprestar un nuevo ejército y lo envió á bloquear toda la república. Los tlaxcaltecas que de antemano comprendieron lo que podia suceder, estaban ya apercebidos para el ataque, y esperaron á sus enemigos detras de las antiguas fortificaciones, y de las que nuevamente habian construido. Sus guarniciones, reforzadas con tropas de fresco, aceptaron el combate; y despues de varios dias de sangrienta y tenaz lucha, las tropas del imperio

fueron rechazadas por sus enemigos, entre cuyas manos dejaron un número fabuloso de riquezas.

Fiestas espléndidas hizo la república para celebrar sus victorias; y los otomíes resueltos, y los mas distinguidos defensores de Tlaxcallan, fueron recompensados. Los mas bravos de entre ellos recibieran la dignidad de Textli, que era la mas elevada de la república; y otros jefes otomíes tuvieron en matrimonio á las hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

El señor del Anáhuac pudo, á haberlo querido, continuar con empeño aquella guerra, y habria acabado por esclavizar á los tlaxcaltecas, puesto que estos con todos sus recursos y todo su poder eran mas débiles que los mexica; y solo se concibe que no prosiguiera la campaña, por el intento de dejar subsistir á las puertas del imperio aquella potencia rival, con el objeto de tener siempre con quien combatir, y á quien hacer prisioneros para inmolarlos en las fiestas de sus dioses.

XI.

En una de esas campañas tan frecuentes entre ambos pueblos, cayó en las manos de los mexica, el valiente y mas noble de los generales tlaxcaltecas.

Llamábase Tlahuilole.

Era un soldado de brios, y era un atleta.

Su *macuahuitl* pesaba tanto, que los hombres mas robustos apenas si lograban alzarla de la tierra.

Los enemigos de la república se aterrorizaban al verlo, y huían ante su presencia.

Huexotzincas y otomíes combatian una vez: los primeros habian asaltado una guarnicion de los segundos. Tlahuilole vino en auxilio de sus aliados, quienes acosados por los de Huexotzinco, corrian peligro de ser vencidos. El héroe tlaxcalteca, sin medir el peligro, se lanzó en la pelea blandiendo su formidable macuahuitl; y avanzando incautamente hasta mezclarse con los asaltantes, entró en un pantano, en donde por mas esfuerzos que hizo, no pudo salir á tiempo; y fué hecho prisionero, encerrado en una jaula, y conducido á la corte del tenochca.